

ARTÍCULO PRINCIPAL

Dar gracias

«Todo lo que hagan, ya sea de palabra o de obra, háganlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él».

Colosenses 3:17

Varios países en diferentes partes del mundo tienen días festivos y festivales de acción de gracias o de la cosecha. En Estados Unidos, el Día de Acción de Gracias se celebra el cuarto jueves de noviembre, y en Canadá, el segundo lunes de octubre. Otros países celebran días festivos similares de alguna forma en otras épocas del año. Cualquier día especial de acción de gracias es digno de elogio y brinda la oportunidad de dar gracias a nuestro Creador por las muchas bendiciones de la vida. Sin embargo, para los cristianos que han dedicado su vida a servir a nuestro amoroso Padre Celestial y a seguir las huellas de Jesús, cada día debería ser un día de acción de gracias. «Den gracias en todo», exhortó el apóstol Pablo. 1 Tesalonicenses 5:18

Las palabras de aliento de Pablo

En su carta a la iglesia de Colosas, Pablo aprovechó una oportunidad adicional para animar y fortalecer a sus hermanos cristianos a tener un sentido más profundo de gratitud y aprecio hacia Dios por todas sus abundantes bendiciones. Les dijo: «Que la paz de Cristo reine en sus corazones, pues como miembros de un mismo cuerpo fueron llamados a la paz. Y den gracias. Que la palabra de Cristo more

entre ustedes abundantemente, mientras se enseñan y se exhortan unos a otros con toda sabiduría mediante salmos, himnos y cánticos del espíritu, cantando a Dios con gratitud en sus corazones». Luego, tal como se registra en nuestro pasaje bíblico destacado sobre dar gracias, les recordó: «Hagan todo, ya sea de palabra o de obra, en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él». Colosenses 3:15-17

Como ya se ha señalado, quienes están genuinamente dedicados al Señor y a su servicio deben considerar cada día como un día de acción de gracias. Las bendiciones que Dios nos proporciona, y que tanto valoramos y apreciamos, nos son dadas a diario. Por lo tanto, nuestra acción de gracias por estas bendiciones no debe esperar, sino expresarse al Señor antes de que termine cada día en el que las hemos recibido. Leemos: «Por las misericordias del Señor no somos consumidos, porque sus misericordias no se agotan. Son nuevas cada mañana; grande es tu fidelidad» (Lamentaciones 3:22, 23). Debido a que el amor y la misericordia de nuestro Señor se manifiestan hacia nosotros cada día, es nuestro privilegio expresarle nuestro agradecimiento todos los días.

El Reino venidero

Para quienes no están familiarizados con el maravilloso plan y propósito de Dios respecto a la futura reconciliación de un mundo enfermo de pecado y moribundo, puede existir cierta reticencia a dar gracias a Dios. Algunos pueden sentirse distraídos por los numerosos problemas y dificultades de la vida cotidiana, así como por las

muchas tribulaciones del mundo que los rodea. Sin embargo, los cristianos iluminados por la verdad no se desaniman ante estas cosas. Reconocen que estas circunstancias forman parte del patrón de tribulación predicho con el que esta actual edad evangélica está llegando a su fin. Ven este gran tiempo de tribulación como un tiempo de preparación para el futuro reino de Cristo, unos «cielos nuevos y una tierra nueva que él ha prometido, un mundo lleno de la justicia de Dios». (2 Pedro 3:13). La humanidad se está preparando para recibir el reino de justicia establecido divinamente que pronto se establecerá sobre toda la tierra. Por lo tanto, las nubes de tormenta de la tribulación no deben apagar nuestro espíritu de acción de gracias, sino más bien aumentarlo.

Una de las grandes razones de nuestra acción de gracias es que el Señor nos ha abierto los ojos del entendimiento para reconocer el significado de lo que ahora está ocurriendo a nuestro alrededor. Estamos agradecidos de vivir en un tiempo así y de poder hablar con nuestros amigos y vecinos acerca del reino de Dios que se acerca rápidamente, bajo el gobierno de Cristo. Esto concuerda con lo que escribió el salmista David: «Todas tus obras te alabarán, oh Señor; y los santos te bendecirán. Hablarán de la gloria de tu reino y contarán de tu poder; para dar a conocer a los hijos de los hombres sus hazañas poderosas y la majestuosa gloria de su reino». Salmo 145:10-12

El amor y la misericordia de Dios

Además de estar agradecidos de que el Señor nos haya dado a conocer su glorioso plan para la

redención del hombre, también podemos estar agradecidos por su amor y misericordia que nos ha concedido a cada uno de nosotros. Por medio de ellos, y por el poder y la influencia de su espíritu santo, Dios nos ha mantenido cada día bajo su amoroso cuidado. Él nos ha fortalecido para ser fieles a nuestro «alto llamamiento de Dios en Cristo Jesús». (Filipenses 3:14). Si hemos estado a la altura de nuestros benditos privilegios, cada día será un día de acción de gracias y nos encontrará más firmes que nunca en nuestro camino consagrado.

Es a través de la comprensión del maravilloso plan de Dios revelado por medio de su preciosa Palabra, la Biblia, que hemos llegado a vislumbrar algo de la gloria que se manifiesta a través de su maravilloso carácter: su amor, sabiduría, justicia y poder. ¡Cuán precioso es este conocimiento! El profeta Jeremías escribió: «Así dice el Señor: Que el sabio no se gloríe en su sabiduría, ni el poderoso en su poder, ni el rico en sus riquezas; sino que el que se gloríe, gloríese en esto: en que me entiende y me conoce, que yo soy el Señor que ejerzo misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque en estas cosas me complazco, dice el Señor». Jeremías 9:23, 24

Una bendita seguridad

Dios nos asegura en los versículos anteriores que se complace en ejercer su «misericordia, juicio y justicia» hacia aquellos que verdaderamente lo conocen. A través del conocimiento del mensaje del Evangelio, nos damos cuenta de que Dios ha manifestado su gran amor hacia la familia humana al enviar a su Hijo engendrado, nuestro Señor Jesús, para ser el redentor y Salvador del mundo de

la humanidad afligido por el pecado. Las Escrituras nos dicen que, en última instancia, este maravilloso regalo será apreciado por todas las personas. Sus bendiciones innumerables conducirán a la restauración de la vida para todos los que acepten entonces las provisiones de su amor divino y obedezcan las leyes del reino justo que ahora se acerca. 1 Timoteo 2:5, 6; 1 Juan 4:14; Isaías 26:9; Jeremías 31:34

Con respecto al don de la gracia de Dios otorgado a través de nuestro Señor Jesús, el apóstol Pablo proclamó: «¡Gracias a Dios por este don, tan maravilloso que no se puede expresar con palabras!» (2 Corintios 9:15). Nosotros también estamos agradecidos por su don debido a lo que el ministerio de Jesús significa para quienes se esfuerzan por seguir sus pasos de sacrificio. También damos gracias por saber lo que su ministerio y su sacrificio supremo significarán para toda la humanidad durante el futuro reino de Cristo. Él será entonces el nuevo rey de la tierra, quien se manifestará con poder y gran gloria. (Apocalipsis 5:12, 13; 17:14). Bajo su gobierno, todos los enemigos de Dios y del hombre serán destruidos, incluso el enemigo más grande: la muerte. «Él debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo que será destruido es la muerte». 1 Corintios 15:25, 26

Restablecimiento a la vida

Cuando la humanidad despierte del sueño de la muerte en ese tiempo futuro, y de acuerdo con el plan definitivo de Dios, a cada uno se le dará la oportunidad de ser restaurado a la perfección y de

vivir para siempre en una Tierra perfeccionada. (Juan 5:28, 29; Hechos 24:15) La gente comprenderá entonces que, aunque temporalmente hayan sufrido a causa del reinado del pecado y la muerte, el plan de Dios por medio de Jesús ha ido avanzando constantemente para su gozo eterno. Aprenderán también que Dios se complace en ejercer su misericordia a su favor, por lo cual le darán gracias con alegría. Jeremías 9:24

Los verdaderos seguidores de nuestro Señor Jesús desde el Pentecostés han tenido el gran gozo y privilegio de sufrir y morir con él. Se les ha dado la promesa de que, si son fieles a su pacto de consagración, también vivirán y reinarán con Cristo en su futuro reino. En la segunda carta a su amado Timoteo, el apóstol Pablo dijo: «Esta palabra es fiel: Si morimos con él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él». 2 Timoteo 2:11, 12

Sumo Sacerdote y Buen Pastor

Uno de los aspectos más importantes de nuestra fe cristiana por el que podemos dar gracias es nuestro Señor Jesús: nuestro sumo sacerdote compasivo y amoroso, quien fue «conmovido por el sentimiento de nuestras debilidades» (Hebreos 4:14, 15). Él es también nuestro Buen Pastor, quien nos guía con ternura. Jesús dijo: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas. [...] Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen, así como mi Padre me conoce y yo conozco al Padre; y yo doy mi vida por las ovejas». Juan 10:11, 14, 15

Como cristianos, reconocemos que Jesús es nuestra Cabeza y que nosotros somos miembros de su cuerpo (1 Corintios 12:12; Efesios 4:15, 16; Colosenses 1:18). Como nuestra Cabeza, él nos guía por el camino que debemos seguir y nos muestra cómo podemos servirle. Si seguimos fielmente sus pasos y nos sometemos a él, ya no ejerceremos nuestra propia voluntad ni buscaremos seguir nuestros propios caminos. (1 Pedro 2:21-23). Buscaremos conocer la voluntad de Dios y estaremos atentos a su guía en nuestras vidas. Romanos 12:2; Efesios 6:6

Si hacemos la voluntad de Dios como «los llamados» por él, todas las cosas cooperarán para nuestro bien, y tendremos paz en la mente y en el corazón. (Romanos 8:28; Filipenses 4:7). ¡Qué bendición es esto en el mundo actual de caos y temor! Es la paz de Dios la que reina en los corazones de todos aquellos que, mediante una fe en Cristo, confían en el mérito de su sacrificio como un «manto de justicia» (Isaías 61:10; Filipenses 3:9). Así, nos entregamos plenamente a cumplir la voluntad del Padre Celestial, tal como se expresa a través de su don que sobrepasa toda expresión. Pablo dijo: «Convenía que aquel para quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, al llevar a muchos hijos a la gloria, perfeccionara [llevara a su pleno desarrollo] al capitán de su salvación mediante sufrimientos. Porque tanto el que santifica como los que son santificados son todos de uno; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos». Hebreos 2:10, 11

Soldados de Cristo

Como soldados cristianos bajo el mando de Jesús, nuestro líder, debemos evitar los enredos de este mundo malo en el que vivimos. «Tú has oído de mí lo que te he enseñado, y lo han confirmado muchos testigos fidedignos. Ahora enseña estas verdades a otras personas confiables que puedan transmitir las a otros. Soporta el sufrimiento junto a mí, como buen soldado de Cristo Jesús. Los soldados no se enredan en los asuntos de la vida civil, pues de lo contrario no pueden agradar al oficial que los reclutó». 2 Timoteo 2:2-4

El apóstol Pablo exhorta a los cristianos: «Revístanse de toda la armadura de Dios, para que puedan resistir las artimañas del diablo. Porque no luchamos contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernantes de las tinieblas de este mundo, contra las fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales». Efesios 6:11, 12

El apóstol luego describe la armadura necesaria que necesitaremos para pelear la buena batalla de la fe. Él dice: «Por lo tanto, vístanse con toda la armadura de Dios para que puedan resistir al enemigo en el momento del mal. Así, después de la batalla, seguirán firmes. Manténganse firmes, ciñéndose con el cinturón de la verdad y vistiendo la coraza de la justicia de Dios. Como calzado, pónganse la paz que proviene de la Buena Noticia, para que estén completamente preparados. Además de todo esto, tomen el escudo de la fe para detener las flechas encendidas del diablo. Pónganse la salvación como

yelmo y tomen la espada del espíritu, que es la palabra de Dios». Efesios 6:13-17

Nuestro Capitán

Estamos muy agradecidos de tener a nuestro amado Señor Jesús como el Capitán de la gran salvación a la que hemos sido llamados. Al seguir su liderazgo y al mantener puesta toda la armadura de Dios, tal como se nos ha exhortado a hacer, seremos protegidos de caer. Continuamos regocijándonos en la gloriosa esperanza que se nos presenta en el Evangelio. Otra característica importante de esa gran esperanza es que, a su debido tiempo, si somos fieles hasta la muerte, seremos unidos a Jesús como nuestro Esposo celestial (2 Corintios 11:2). Como futuros miembros de su novia, tendremos el bendito privilegio, por medio del poder y la autoridad del reino venidero de Cristo, de invitar a la pobre creación que gime a participar de las maravillosas bendiciones que han sido preparadas para ella. Leemos: «El espíritu y la novia dicen: “Ven”. Y el que oiga, que diga: “Ven”. Y el que tenga sed, que venga. Y el que quiera, que tome gratuitamente el agua de la vida». Apocalipsis 22:17

El Espíritu Santo

Los cristianos también deben estar agradecidos por el ministerio del Espíritu Santo en su favor. Habiendo sido engendrados por el Espíritu Santo de Dios para una nueva vida en Cristo Jesús, nosotros tenemos el encargo de proclamar el Evangelio, o las buenas nuevas, del reino venidero (Mateo 24:14). El testimonio del Espíritu Santo nos asegura que ahora somos considerados hijos de Dios. «Porque su

espíritu se une a nuestro espíritu para afirmar que somos hijos de Dios. Y puesto que somos sus hijos, somos sus herederos. De hecho, junto con Cristo somos herederos de la gloria de Dios. Pero si vamos a compartir su gloria, también debemos compartir su sufrimiento». Romanos 8:16, 17

El sello del espíritu es la garantía de Dios de que, si cumplimos con nuestra parte, él no permitirá que nada nos impida alcanzar aquello a lo que nos ha llamado por medio de Cristo Jesús. Por eso, Pablo nos anima: «Para que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primero confiamos en Cristo. En quien también ustedes confiaron, cuando oyeron la palabra de verdad, el evangelio de su salvación; en quien también, después de haber creído, fueron sellados con el espíritu santo de la promesa». Efesios 1:12, 13

El espíritu santo también ministra a través de la Palabra de Verdad tal como se expone en las Escrituras. Damos muchas gracias por la preciosa Palabra de nuestro amoroso Padre Celestial. Sin ella, no sabríamos nada acerca de la gloriosa Verdad relacionada con el plan y el propósito divinos. Apreciamos siempre la Biblia, porque es el alimento espiritual que sigue sustentándonos. (Juan 6:35). Sus profecías nos iluminan acerca de los tiempos en que vivimos, y sus promesas nos inspiran y animan a continuar fielmente por el camino de la justicia, incluso hasta la muerte. (Apocalipsis 2:10). La Biblia también describe la voluntad divina para con nosotros y explica el significado de nuestras pruebas. Cuán acertadamente escribió el salmista: «Tu palabra es

lámpara a mis pies y luz en mi camino». Salmo 119:105

La Palabra del Señor y su abundante providencia en nuestras vidas son grandes motivos para nuestra gratitud hacia Él. «¡Cuánto amo tu ley! Es mi meditación todo el día. Por tus mandamientos me has hecho más sabio que mis enemigos, pues siempre están conmigo. Tengo más entendimiento que todos mis maestros, porque tus testimonios son mi meditación. Entiendo más que los antiguos, porque guardo tus preceptos». Salmo 119:97-100

La Palabra de Dios perdura

La maravillosa Palabra de Dios da un nuevo significado y propósito a la vida de su pueblo. Su ley perfecta, sus testimonios, sus estatutos y sus mandamientos son pautas de la Verdad. A este respecto, el salmista David escribió: «La ley del Señor es perfecta, que restaura el alma; el testimonio del Señor es fiel, que hace sabio al sencillo. Los estatutos del Señor son rectos, que alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, que ilumina los ojos». A esto añade: «El temor [en hebreo: reverencia] del Señor es puro, y permanece para siempre; los juicios del Señor son verdaderos y justos en su totalidad. Son más deseables que el oro, sí, que mucho oro fino; son también más dulces que la miel y el panal. Además, por ellos es amonestado tu siervo; y en guardarlos hay gran recompensa». Salmo 19:7-11

Demos todos gracias por los privilegios de servicio de los que hemos disfrutado durante nuestro camino cristiano. Es un gozo dar a conocer las buenas nuevas del reino y entregar nuestras vidas por los

hermanos. Es mediante esta obra de amor que demostramos a nuestro Padre Celestial la autenticidad de nuestro deseo de conocerlo y servirlo. (1 Juan 3:16; Hebreos 6:10). Debería ser un gran motivo de agradecimiento que se nos hayan dado oportunidades para demostrar que estamos dedicados al servicio y a hacer su voluntad en nuestras vidas.

La fe nos permitirá mover montañas de dificultades que, de otro modo, podrían impedirnos dejar que nuestra luz brille para bendición de los demás. Queremos una fe que no nos permita esconder la luz de la Verdad bajo una alforja con el espíritu de indiferencia. Mateo 5:14-16

Alabanza y agradecimiento

La alabanza y la acción de gracias están estrechamente relacionadas en la Biblia. La acción de gracias es una expresión de agradecimiento a Dios por todas las abundantes bendiciones que él derrama sobre nosotros día tras día. Podemos expresarle nuestra acción de gracias en la intimidad de nuestra mente y nuestro corazón, y en presencia de su pueblo. Alabar significa dar gloria, ensalzar u honrar. Podemos alabar a Dios en nuestras oraciones. También podemos alabarle dando a conocer las virtudes de su glorioso carácter.

Pedro escribió: «Ustedes son una generación elegida, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo exclusivo, para que proclamen las alabanzas de aquel que los ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa». (1 Pedro 2:9). Manifestamos las alabanzas del Señor al hablar de sus obras maravillosas y tal como se muestra en la preciosa

doctrina de su glorioso plan. Lo alabamos al dar testimonio de su amor, ejemplificado en el don de su Hijo, y de lo que este don, que va más allá de las palabras, significa para nosotros ahora y significará aún más en términos de las bendiciones y alegrías que pronto vendrán para toda la humanidad. Juan 3:16, 17

Si bien es apropiado expresar nuestro agradecimiento al Señor en nuestras oraciones y alabarle por su bondad, también demostramos nuestro aprecio por todo lo que ha hecho por nosotros mediante la fidelidad en cumplir su voluntad. Damos gracias a Dios por su amoroso cuidado cuando demostramos con nuestra actitud que tenemos fe en sus promesas de gracia para ayudarnos en todo momento de necesidad. (Hebreos 4:16). Esta es una gran bendición que el Señor derrama sobre aquellos que se entregan por completo a hacer su voluntad. Nuestras palabras de acción de gracias carecerían de un significado vital si nuestros corazones no estuvieran totalmente entregados al Señor y no confiáramos plenamente en que él suplirá todas nuestras necesidades. Filipenses 4:19

Pablo escribió: «Regocijaos en el Señor siempre; otra vez digo: regocijaos. Vuestra moderación sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca. No os preocupéis [no os inquietéis] por nada, sino que en todo, mediante la oración y la súplica con acción de gracias, presentad vuestras peticiones ante Dios. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús». Filipenses 4:4-7

Aprovechemos cada día la oportunidad para dar muchas gracias a nuestro amoroso Padre Celestial, quien nos ha llamado para salir de las tinieblas y entrar en la maravillosa luz de la Verdad. El apóstol Pablo lo expresó muy bien en nuestro pasaje bíblico inicial: «Y todo lo que hagan, ya sea de palabra o de obra, háganlo todo en el nombre de Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él». Colosenses 3:17